

Un mensaje bíblico

PARA TODOS

Las coronas

Una corona indica que aquel que la lleva ocupa una posición superior a la de los demás, sea por su propia dignidad o por su mérito. De ahí por lo menos dos sentidos en los cuales la Escritura emplea esta figura.

Primeramente la corona es, así como la diadema, el emblema de la *dignidad real*. Joiada puso la corona sobre la cabeza del joven Joás cuando le proclamó rey (2 Crónicas 23:11). “La corona real” que Vasti se negó a llevar en presencia de los convidados de Asuero fue puesta más tarde sobre la cabeza de Ester (Ester 1:11; 2:17).

Los salmos hablan muchas veces de la corona del verdadero Rey, Cristo. “Corona de oro fino has puesto sobre su cabeza” (Salmo 21:3). “Sobre él florecerá su corona” (Salmo 132:18). Su rechazo está expresado proféticamente en estos términos: “Has profanado su corona hasta la tierra” (Salmo 89:39). Los soldados que injuriaban al “Rey de los judíos”, “pusieron sobre su cabeza una corona tejida de espinas” (Mateo 27:29). Pero Dios mismo, una vez cumplida la obra de la redención, coronó a Aquel de quien desde hacía mucho tiempo había dicho: “Le pondré por primogénito, el más excelso de los reyes de la tierra” (Salmo 89:27).

Si todavía no vemos que todas las cosas le estén sujetas, “vemos a aquel que fue hecho un poco menor que los ángeles, a Jesús, coronado de gloria y de honra, a causa

del padecimiento de la muerte” (Hebreos 2:9). Pronto aparecerá en su gloria, y sobre su cabeza habrá “muchas diademas” (Apocalipsis 19:12).

En Apocalipsis 4:4 los ancianos sentados alrededor del trono tienen “en sus cabezas coronas de oro”. Hechos “reyes y sacerdotes”, están asociados a esta doble majestad de Cristo (Apocalipsis 1:6; 5:10; Zacarías 6:13). Ellos representan a todos los santos glorificados previamente al reinado de Cristo. Éstos son los redimidos, la dignidad real les es dada por gracia, en virtud de la obra de la cruz. No se hace distinción entre sus coronas, pues todos reinaremos con el mismo título. El oro de esas coronas simboliza la perfección de una justicia en armonía con la justicia divina, la de Cristo. Al echar nuestras coronas a los pies del Señor tendremos el gozo y la gloria insignes de proclamar que sólo él tiene derecho a la corona, reconoceremos que él nos dio las que llevamos, y nuestro oficio más elevado será el de rendirle homenaje. ¡“A él sea gloria e imperio por los siglos de los siglos”!

En otro sentido la corona es una *recompensa honorífica* otorgada públicamente. Ella es para la gloria de quien la recibe, pero por medio de ella también recibe gloria el que la otorga.

Asimismo la corona de Jesús es una recompensa honorífica por su victoria en la cruz, pero también recibirá gloria por aquellas que él nos ha adquirido. Él fue elevado hasta lo sumo como premio por su humillación (Filipenses 2:9-11). Y entre las glorias recibidas así a título de recompensa, una de las más altas será tener a los suyos allí donde él está, a fin de que vean su gloria personal (Juan 17:24) y participen de su gloria oficial (Juan 17:22). No seremos nosotros los que lo coronaremos, idea errónea que algunos sostienen, sino Dios, pues únicamente a él le

corresponde hacerlo. Y nosotros reconoceremos que Jesús es digno de ello. Para él será glorioso coronar a sus santos. Independientemente de lo que hayan sido en la tierra, todos son igualmente reyes: la corona de oro no recompensa sus méritos, sino los de su Salvador.

A la dignidad con la cual todos ellos resplandecerán se añadirá, en el día del triunfo de Cristo, el destello de las recompensas que habrá otorgado “a cada uno según sea su obra” (Apocalipsis 22:12). Él se complacerá honrando a quienes lo hayan honrado aquí en la tierra. Todo lo que haya sido hecho para él será manifestado y puesto en la cuenta de cada uno de ellos. En Zacarías 6 las coronas son llevadas de parte de los de la deportación para ser puestas sobre la cabeza de Josué, el gran sacerdote real, pero los que así le honran también ven, seguidamente, sus coronas “como memoria en el templo de Jehová”, con su propio nombre.

En el lenguaje del Nuevo Testamento, muy a menudo las coronas hacen alusión a la recompensa o premio otorgado a los vencedores de los juegos celebrados en el curso de las fiestas paganas, por ejemplo los juegos olímpicos. El apóstol Pablo emplea habitualmente estas comparaciones cuando habla de la carrera o de la lucha. Esos premios diferían dependiendo de la naturaleza de las pruebas en las cuales el atleta había triunfado. Su corona –de laurel, roble, arrayán, oro, etc.– recordaba sus proezas en el estadio o la arena. Sólo pertenecía a él.

Del mismo modo, a nosotros también se nos proponen diferentes “coronas”. Quien haya sido fiel en la situación particular en la que su Maestro lo haya colocado, cumpliendo con un servicio y un esfuerzo determinados, recibirá, en el día de las recompensas celestiales, un testimonio público, duradero, que le será propio,

recordando esta fidelidad. Todo será, ciertamente, para la gloria del Señor, pues esos santos en quienes él será “admirado” (2 Tesalonicenses 1:10) no expresarán más que una multitud de Sus reflejos. Sólo él fue hallado fiel en todas las cosas. Y en la medida en que los suyos hayan estado individualmente ocupados en él, habrán sido transformados en su misma imagen de gloria en gloria (2 Corintios 3:18). Las coronas de los vencedores honran a éstos, pero magnificando a su Jefe.

La Palabra nos habla anticipadamente de estas coronas para estimularnos. No que nuestro móvil sea triunfar sobre nuestros hermanos para envanecernos. Tal deseo egoísta y orgulloso sería enteramente opuesto al “sentir que hubo también en Cristo Jesús” (Filipenses 2:5). Pero a quien busca la gloria de su Maestro, en medio de las luchas, los combates y las pruebas, le da ánimo saber que las cosas hechas para él, y tal vez conocidas solamente por él, son apreciadas por el Señor y no serán olvidadas.

Entre tantas “coronas” diversas, la Palabra destaca algunas:

Existe la **corona de vida**, que recompensará a los que no hayan estimado preciosa su vida terrenal, y “fiel hasta la muerte”, la hayan sacrificado por el testimonio de Jesús. Igualmente, “el varón que soporta la tentación” y “haya resistido la prueba” muestra por su paciencia inquebrantable que ha consagrado su vida a su Señor. A él también le espera la misma recompensa. Ella es llamada “la corona de vida, que Dios ha prometido a los que le aman” (Santiago 1:12). El motivo secreto es puesto al desnudo: el amor por su Señor ha sido lo más importante, superó incluso a las preocupaciones de la vida aquí en la tierra.

La **corona de justicia** es prometida, dice Pablo, “a todos los que aman” la venida del Señor (2 Timoteo 4:8). Este

era su caso, pero se regocijaba al pensar que otros estaban como él. Hacía todas las cosas con miras al día de Cristo, pues consideraba que la gloria de su Maestro a su regreso era muy valiosa. No concebía emplear su existencia de otra forma. A causa de esto fue perseguido por el mundo inicuo que crucificó al Maestro. Había combatido, había corrido hasta el fin. La corona de justicia lo esperaba desde entonces.

¿Pensamos realmente en la venida de Cristo y nos deleitamos en ello, sabiendo que Aquel que en esta tierra fue el hombre de dolores, el despreciado y el rechazado, un día aparecerá en gloria? Entonces será el “juez justo” que recompensará la espera amante y fiel, no simplemente la espera de nuestra liberación –la que se habrá cumplido en su venida para arrebatarnos a los suyos– sino la espera de su aparición gloriosa.

La **corona de gloria** “incorruptible”, en oposición a las miserables satisfacciones de una superioridad ficticia aquí en la tierra, será la parte de aquellos que hayan cumplido con una humilde fidelidad el servicio que el Señor les haya confiado para el bien de los suyos. El apóstol Pedro habla a esos “ancianos” sobreveedores¹ de la “grey de Dios”, a quienes exhorta a apacentar el rebaño, “no por fuerza, sino voluntariamente; no por ganancia deshonestas, sino con ánimo pronto; no como teniendo señorío sobre los que están a vuestro cuidado, sino siendo ejemplos de la grey” (1 Pedro 5:2-3). En un servicio tal, de entrega y humillación, se halla la verdadera grandeza; y el “Soberano pastor”, de quien todos dependen y quien conoce todo –intenciones, actos, palabras– lo proclamará públicamente un día.

¹ En griego: *epískotés*. Esto es, el que observa desde arriba, el supervisor (no implica jerarquía eclesiástica). En la RV 1960 y en otras traducciones se emplea el vocablo “obispo”.

Pablo también veía como *su corona*, es decir, el premio de tantos combates y esfuerzos, a las almas que había llevado a Cristo. La presencia de estas almas en el glorioso cortejo de los redimidos será el testimonio viviente de que él no corrió en vano, ni en vano trabajó (Filipenses 2:16). “Gozo y corona mía”, dice a los filipenses (4:1), y a los tesalonicenses dice: “Porque ¿cuál es nuestra esperanza, o gozo, o corona de que me gloríe? ¿No lo sois vosotros, delante de nuestro Señor Jesucristo, en su venida? Vosotros sois nuestra gloria y gozo” (1 Tesalonicenses 2:19-20).

Queridos amigos, ¿habrá en ese día algún fruto proveniente de **nuestro** trabajo? Mediten por sí mismos sobre este importante tema de las coronas, pues les será de gran provecho. ¿Qué me es verdaderamente precioso? ¿Cuál es el motivo profundo de mi vida en esta tierra? ¿Hacia qué tiende mi actividad? Cada uno de nosotros debe responder, no a los hombres, sino al Señor.

Cada uno también debe darse cuenta si “de todo se abstiene” o si “es templado en todas las cosas” (V.M) sin lo cual no podría ser un vencedor (1 Corintios 9:25). Más que los campeones deportivos de hoy día, los atletas de otros tiempos se abstendían “de todo” y el apóstol los pone como ejemplo a los cristianos. Llevar una dieta o abstenerse de todo es no conceder a nuestros corazones las cosas que les gustarían pero que serían funestas para nuestra vida espiritual; es ser sobrios incluso en lo más legítimo. El secreto es estar ocupados de Cristo y no de nosotros mismos. Empleamos mucho tiempo y fuerzas en las cosas terrenales, en una u otra “corona corruptible”.

Pablo sólo tenía una ambición, a saber, obtener una “corona incorruptible” (1 Corintios 9:25). No codiciemos nada más; como Pablo, hagamos sólo una cosa: corramos hacia

“la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús” (Filipenses 3:14). Y no olvidemos que “el que lucha como atleta, no es coronado si no lucha legítimamente” (2 Timoteo 2:5), o sea si no lucha en conformidad con el código deportivo. “El que tiene mis mandamientos, y los guarda, ése es el que me ama”, dice el Señor (Juan 14:21).

Dejemos que la Palabra nos guíe. El enemigo sabe entorpecernos sugiriéndonos que después de todo también llegaremos a la meta, o que somos demasiado débiles para hacer cualquier esfuerzo. ¡Adiós a estos funestos pensamientos! El lenguaje divino es el de la energía divina. Él incita a la fidelidad individual, cualquiera que sea el estado del mundo o el de la Iglesia. La corona es una recompensa personal. El verdadero atleta sólo ve una cosa: la meta. “¿No sabéis que los que corren en el estadio, todos a la verdad corren, pero uno solo se lleva el premio? Corred de tal manera que lo obtengáis” (1 Corintios 9:24).

Jesús, el modelo perfecto, puso su “rostro como un pederual” (Isaías 50:7), “afirmó su rostro” (Lucas 9:51). Seamos decididos, firmes y resueltos y no temerarios ni presuntuosos, que abusan u ostentan de sus fuerzas, sino “fuertes”, es decir, conscientes de nuestra propia debilidad, pero contando con el Señor en todo. “Tienes poca fuerza, has guardado mi palabra, y no has negado mi nombre”, dice a Filadelfia; por eso le es dada una advertencia reconfortante: “Retén lo que tienes, para que ninguno tome tu corona” (Apocalipsis 3:8, 11). No permitamos que nadie arrebatte **nuestra** corona.

A. G.

Resumen

Corona: (stephanos; del verbo que significa *rodear*). Simboliza la realeza (Ester 1:11) o la victoria (por ejemplo en los juegos olímpicos o al finalizar una campaña militar). En el cielo, los ancianos tienen una corona de oro en la cabeza (Apocalipsis 4:4). La **corona de justicia** es otorgada a aquellos que aman la venida del Señor (2 Timoteo 4:8); la **corona incorruptible de gloria** está reservada para aquellos que apacientan la grey de Dios (1 Pedro 5:4); la **corona de vida** está prometida a los mártires (Apocalipsis 2:10 y Santiago 1:12). Los romanos colocaron en la cabeza de Jesús una corona de espinas para burlarse de él (Juan 19:5), pero Dios le dio una corona de oro fino (Salmo 21:3; Apocalipsis 14:14).

PARA TODOS



Suscripción gratuita, escribir al editor:

**Ediciones Bíblicas
PARA TODOS
1166 Perroy (Suiza)**

Impreso en Suiza. Publicación mensual.

“**PARA TODOS**” tiene como objeto ayudar al creyente en su vida cristiana por medio de ejemplos prácticos sacados de la Escritura, la cual es “inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia” (2 Timoteo 3:16).

Si usted no tiene la intención de guardar esta hoja, tenga la amabilidad de entregarla a otra persona interesada. Para la difusión gratuita entre cristianos, se permite fotocopiar esta hoja (por favor no cambiar el texto, ni borrar nuestra dirección).